

# Suplemento Agrícola de EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 1 DE JULIO DE 1924

NÚM. 20.411

## LAS CÁMARAS AGRÍCOLAS

A poco de constituirse unas y reorganizarse otras, a virtud del Real decreto que dió vida a las actuales Cámaras Oficiales Agrícolas provinciales, tropezaron con la dificultad de que al establecerse la colegiación obligatoria en ellas de los contribuyentes por rústica que paguen más de 25 pesetas por cuota al Tesoro, no se procuró dotarlas de los medios de acción precisos, principalmente de los recursos económicos indispensables para desarrollar el extenso cometido que se les asignaba. Por eso no han cesado desde entonces en clamar por que se las reconozca el derecho a cobrar de sus asociados cuotas moderadas que las permitan desenvolverse, de igual modo que pueden hacerlo sus similares de Industria, de Comercio y de la Propiedad urbana. Tuve yo el honor de que un proyecto de ley redactado por mí mereciera en dos Asambleas nacionales de Cámaras Agrícolas la aprobación de éstas. Siendo un gran defecto de la soberana disposición que creó estas Corporaciones el de haberlas dejado convertidas en organismos representativos de la propiedad territorial rústica, con exclusión del sinnúmero de agricultores no propietarios que hay en España, mi modesto trabajo trataba de corregirlo al dar cabida en ellas a tan numerosos elementos que, además, son los que verdaderamente pueden caracterizar el título de Cámaras Agrícolas. Para ello entendí ser lo mejor, y así lo creyeran conmigo las propias Cámaras, que por dos veces sancionaron favorablemente mi proyecto, que ellas deben estar integradas por mitad de una representación de la propiedad rústica y otra de los agricultores, propietarios o no, elegidas, la primera, directamente por aquellos contribuyentes que obligatoriamente quedan incorporados a las mismas, y la segunda, de un modo indirecto a través de las Asociaciones y Sindicatos que voluntariamente se inscribiesen como asociados colectivos.

Desde el primer momento han sido objeto de impugnación por parte de elementos diversos, que, o han creído de buena fe, aunque erróneamente, a mi juicio, ver en ellas un peligro de absorción de otras organizaciones, o que sencillamente no miraban con simpatía que contribuyentes y campesinos pudieran

constituir en cada provincia un núcleo sólido de acción y de defensa. Ocurre con esto lo que con otras muchas cosas que con la agricultura se relacionan, y es que hablan de ellas y discuten sobre ellas gentes que escriben y porfían, y se erigen en abogados de la causa agraria, cuando, en realidad, nada se les ha perdido en el campo ni nada, por tanto, se les moja en él cuando llueve. Si se tratase de verdaderos profesionales de la agricultura; si su vida dependiese, cual me ocurre a mí, casi exclusivamente de la producción de la tierra, comprenderían que por encima de todo está la absoluta, la inaplazable necesidad de vigorizar, sin incurrir en exclusivismos, las instituciones agrícolas, concentrando en ellas los esfuerzos y medios para que la riqueza que representan alcance la consideración y el respeto que por su capital importancia, dentro de la economía general del país, debe merecer a gobernantes y gobernados, evitando que siga siendo objeto de menosprecio y de preterición, tan injustos como constantes.

Gran parte de culpa corresponde en esto a los agricultores, que no quieren convencerse, no obstante el bienhechor movimiento asociacionista que por doquier se advierte, que todas las clases sociales buscan en la unión la fuerza que requiere una acción de defensa de sus intereses. En algunas, esa fuerza no radica tanto en la compenetración estrecha de ideales y en la ligadura de esos intereses como en sus disponibilidades económicas, o sea en los fondos

que, mediante aportaciones de sus miembros, acumulan en sus cajas y que les permiten actuar holgadamente siempre, y en ciertos casos apelar a la resistencia, medio el mejor, a veces, de lograr el triunfo de sus aspiraciones. Véase cómo los elementos industriales y del comercio crean y sostienen Centros bien dotados de toda clase de recursos y de elementos para estudiar lo que les conviene y hacer cuanto es preciso en pro de la riqueza que representan. Por desgracia, los agricultores, en vez de imitar ese ejemplo, no escatmientan; siguen recibiendo golpes a diario, y en lugar de cooperar a la labor que vienen realizando beneméritas Asociaciones, aún se resisten a incorporarse de una vez a la vida colectiva. Organícense localmente como quieran. El mayor respeto me parece poco para cuanto existe o pueda crearse, pero con vistas siempre a un entrelazamiento, a una coordinación que permita algún día llegar a una síntesis de intereses y a la unificación de la acción defensiva. A este fin, yo considero que las Cámaras Oficiales Agrícolas pueden ser un excelente medio de organización corporativa. Si aún quedan en ellas defectos, a corregirlos; si adolecen de vida lánguida, a vivificarlas, dotándolas de cuanto necesiten para poder exigirles luego una actuación intensa, como la que ya realizan no pocas, que han suplido la escasez de recursos a fuerza de voluntad, de entusiasmo y de trabajo.

Jesús CANOVAS DEL CASTILLO

## El progreso técnico de nuestra agricultura

Quienes aseguran que la solución de la crisis por la que actualmente atraviesa nuestra agricultura estriba en mejorar científicamente los procedimientos de cultivo para aumentar y abaratar la producción, se hallan muy lejos de conocer los términos prácticos del problema agrario y sus naturales consecuencias de orden técnico.

Algunos gobernantes y hombres públicos aceptaron en principio por comodidad mental o por disculpa íntima de sus yerros; otros acaso acogieron la idea con absoluta buena fe y fiados en las aseveraciones de ciertos agrónomos, que no desperdician oportunidad para tratar de ignorantes y rutinarios a los agricultores y para comparar cifras de producciones del extranjero, superiores a las españolas.

Fuera ridículo el negar que la agricultura de nuestro país admite la posibilidad de mejoras y que la masa general de los labradores necesita mayor ilustración; pero tal cosa sucede en todos los países, y ni se remedia en un momento, ni conduce a una explotación ruinesa del campo.

La mayor parte de nuestras tierras son pobres; el clima, con su gran sequedad, no es propicio al cultivo; la producción, por estas causas, se encierra en límites de posibilidades modestas, que sólo se fuerzan a costa de muchos gastos y de mucho trabajo.

Y cuando, merced a sacrificios de uno y otro género, el labrador consigue la mejora de rendimientos, el Fisco le sube las contribuciones y los Gobiernos le ajustan las cuentas para imponerle tasas que reduzcan sus ganancias.

Nadie podrá poner en duda que tal política no es alentadora y que representa, además de una justísima queja, siempre desoída, un obstáculo grande para toda clase de propagandas en favor del progreso técnico.

De ese progreso que, dígame lo que se quiera, encuentra mejor acogida en el campo que en otras industrias fabriles, y que, cuando se dirige con acierto, halla en cada uno de esos hombres rudos y faltos de instrucción cortésana un buen amigo y defensor.

José ARAGON

Asesor técnico de la Asociación de Agricultores de España.



EN LA ERA

Ayuntamiento de Madrid



## Lo que representa y demanda la vitivinicultura nacional

Sería pueril tratar de convencer a nadie de la importancia excepcional que tiene en España el cultivo de la vid, que constituye una tercera parte de la riqueza agrícola del país, y de cuyo cultivo y de la vinificación viven cerca de cinco millones de españoles.

Ocupa hoy la explotación vitícola una extensión de 1.400.000 hectáreas, con una producción de vino que oscila alrededor de los 24 millones de hectolitros, que, al precio medio de 30 pesetas hectolitro, representan una suma de 750 millones de pesetas.

Como el consumo interior es de unos 12 millones de hectolitros, existe, en el caso de cosechas normales, una superproducción de 12 millones de hectolitros, que para la economía nacional representan la mayor riqueza agrícola de exportación, y un ingreso derivado de ella que puede evaluarse en unos 400 millones de pesetas, los cuales, a su vez, nos sirven para adquirir con ellos otras mercancías que nos sean necesarias.

Hay en España regiones en las provincias de Castilla la Nueva y Albacete, compuestas de tierras pobres, clima desigual y pocas o mal distribuidas lluvias, condiciones adversas para la producción de cereales; pero, en cambio, compatibles con un gran rendimiento si se dedican a viñedo. Así vemos que aquella legendaria pobreza del suelo de la Mancha ha desaparecido, y ha pasado a ser una realidad actual la riqueza de esta región, debido exclusivamente al cultivo de la vid.

La viña es hoy el distintivo más señalado de la agricultura peninsular, y el vino — con el aceite y los productos de Levante — ha de ser siempre la base principal de toda negociación de Convenios y Tratados comerciales, sirviendo el vino especialmente de nivelador de nuestro cambio y de sostenedor del valor de nuestra moneda.

Consagrar preferente atención a la industria vitícola es defender la manifestación más sustantiva de los intereses nacionales, y para ello hay que buscar el medio de estabilizar y dar firmeza al valor global de nuestra riqueza vitícola, que viene sufriendo, sobre todo en años de producción normal, de grandes vaivenes en el precio, motivados, principalmente, por la inseguridad de los mercados exteriores, inseguridad que impide al Estado el contar con una base fija de esta riqueza para el inventario de la economía nacional.

Todo lo que sea, pues, afianzar, aumentar y defender el valor de esta producción, cuya ruina causaría la falta de trabajo de millones de brazos, produciendo una enorme crisis social, debería ser objeto de la atención preferente de todo Gobierno, y todo aquello que tienda al perjuicio o demérito de aquella producción, tendrá que ser rigurosamente prohibido o celosamente reglamentado, en términos que hagan imposible el daño y hasta la competencia.

Notoria es la crisis por que atraviesa hoy nuestra producción vitícola, determinada, en primer término, por la competencia ruinosa del alcohol industrial y las facilidades que éste presta para las falsificaciones de los vinos; por la cerrazón de horizontes en aquellos mercados consuetudinarios a que se apegaron rutinariamente nuestros productores, con olvido evidente de sus intereses y de las más elementales prácticas de progreso y organización comercial; por los perjuicios que se derivan de la implantación

en otros países de la *ley seca*; por otras causas de orden interior, y por las notorias deficiencias de nuestra Marina mercante, que tiene absolutamente abandonadas muchas líneas de navegación, en las que es completa la ausencia de nuestra bandera, dándose el caso de que vapores españoles, con matrícula en los puertos del Mediterráneo, no tienen pasaje ni flete en los del Atlántico, y, en cambio, los extranjeros si los tienen, lo que entraña la gravedad de que frecuentemente se importen en el extranjero, como extranjeras, mercancías de origen español, restándose así mercados a las marcas de esta procedencia, por ir cubiertas con pabellón de otro país.

Dentro de casa, en el propio mercado interior, la viticultura tiene que defenderse de enemigos que dificultan y encarecen su libre circulación y transporte; tal es el impuesto que grava la entrada de los vinos en las poblaciones, pagando unos derechos de consumos que han sido restablecidos solamente para los vinos, irritante excepción que continúa, sin que haya habido todavía un Gobierno que acabe con semejante arbitrariedad.

Enviado a estudio de un Comisión nombrada a este efecto se halla el pleito de los alcoholes vinico e industrial, Comisión y procedimiento — con todos los respetos a las competentes e ilustres personalidades que integran aquella — que significan un intento de derogación, que hace tiempo se viene tramando, de los derechos de la viticultura nacional, que tiene en completa vigencia una legislación protectora que terminantemente prohíbe en usos de boca el empleo del alcohol industrial y que, por consiguiente, de lo que debe tratar esa Comisión es de que no se burle el cumplimiento de las leyes del Reino.

En realidad, existe desde hace mucho tiempo una lucha entre el alcohol obtenido de la fermentación de nuestros mostos y el alcohol industrial; lucha muy semejante a la que se entabló entre la rubia, el pastel y la cochinilla y otros colorantes, procedentes del reino animal y vegetal, con las materias colorantes derivadas de la hulla, de cuya lucha, gracias a la libre concurrencia, salieron triunfantes estas últimas, causando la ruina de las islas Canarias y la desaparición del cultivo de plantas que habían dado la prosperidad a fértiles comarcas, como sucedió más tarde con la barrilla, cuya explotación cesó con la producción de la sosa artificial.

Sería lo lógico el que siendo España un país esencialmente productor de vinos y, en consecuencia, de alcoholes, ya que no se prohibiese en absoluto, como en Portugal, el establecimiento de fábricas de alcohol industrial — como sería lo justo, para evitar la competencia de éste con el alcohol vinico y las facilidades que aquél da para la adulteración y falsificación de los vinos —, se aplicasen, al menos, íntegra y severamente, nuestras leyes y disposiciones fundamentales sobre vinos y bebidas espirituosas, como lo son el Real decreto de 11 de marzo de 1892, el reglamento para su aplicación de 2 de diciembre de igual año y la ley de 27 de julio de 1895, con su Real orden complementaria de 23 de diciembre de 1895, que prohíben el encabezado de los vinos con alcohol que no sea vinico, disposiciones confirmadas por las Reales órdenes de 31 de diciembre de 1901, 23 de mayo y 20 de agosto de 1906 y 25 de julio de 1907; por el Real decreto de 22 de diciembre de 1908, Reales órdenes de 14 de noviem-

bre de 1910, 3 y 23 de enero y 22 de julio de 1914; Real decreto de 29 de mayo de 1914 y Real decreto de 14 de septiembre de 1920: disposiciones legales — ley, Reales decretos y Reales órdenes, invariablemente vigentes todas ellas — que de un modo unánime y categórico declaran que es una manipulación fraudulenta todo encabezado y reforzado de vinos, tanto secos como dulces, que no sean hechos con alcohol vinico.

La legislación española prohíbe, pues, de un modo que no deja lugar a dudas, el empleo del alcohol industrial en usos de boca, y, por tanto, es de una evidencia abrumadora que con aplicar esta legislación, que se halla en todo su vigor legal, Y NADA MAS QUE CON ESTO, el pleito promovido por los alcoholeros industriales no puede pasar del trámite de la desestimación de una demanda temeraria y absurda, que pretende nada menos que la derogación de toda la legislación protectora, reiteradamente confirmada en favor de una riqueza básica de la producción nacional.

España tiene, según acabamos de ver, una copiosa legislación protectora, que trata de defender por todos los medios al productor vinico, y como España, tienen también una legislación semejante todos los demás países vinícolas, como Francia, Italia y Portugal; pero hay una diferencia esencial entre Francia e Italia, de una parte, y España, de otra, y es que en aquellas naciones las leyes de protección a la viticultura se cumplen estrictamente con el apoyo predilecto de sus Gobiernos, y aquí se da oídos por el Poder público a los que tratan de que sea letra muerta; se pretende poner en duda su vigencia, y para complacerlos se nombran Comisiones con facultades, según se dice, hasta para derogar esta legislación protectora de nuestros vinos, que es, en suma, lo que solicitan los fabricantes de alcohol industrial, asistidos estratégicamente de sus voceros y valedores, que a todo trance intentan conseguir el que se permita el empleo del alcohol industrial en los vinos, o, lo que es lo mismo, que el Gobierno autorice la falsificación legal de éstos.

Refiriéndonos ahora concretamente al alcohol que procede de la destilación de maíz extranjero, entendemos que se trata de un verdadero caso de defensa nacional, siendo cosa sabida que el maíz que se dice importar para el ganado del Noroeste va en una gran parte a las fábricas de alcohol, lo que ya supone, para comenzar, una defraudación en el adeudo arancelario, puesto que la partida 1.340 del Arancel, al fijar los derechos del maíz, señala dobles derechos al maíz que entra destinado para usos industriales, que al maíz que se importa para la alimentación de la ganadería.

De toda actualidad es el arribo constante a los puertos de España de enormes cargamentos de maíz argentino para ser transformados gran parte de ellos — a precios sin competencia — en alcohol industrial, y barcos cargados de algarroba griega atracan a nuestros muelles para apoyar la producción de un alcohol que, extraído de primera materia extranjera y fabricado con maquinaria extranjera, beneficia sólo a unos accionistas de industrias protegidas ilegalmente, que arruinan y aniquilan el viñedo español.

Según estadísticas oficiales, durante los diez primeros meses del año 1922 ingresaron en España 325.968 toneladas de maíz, por un valor de 120.608.195 pesetas, y durante igual período de 1923 ingresaron 239.723 toneladas, por un valor de 88.697.552 pesetas; y tomando como buenas cifras — desde luego muy bajas — alejadas por un defensor anónimo del al-

cohol industrial, en un comunicado de a tanto la línea, publicado en parte de la Prensa, resulta que el maíz empleado en la fabricación de alcohol fue, durante el año 1922, 23.197 toneladas y en 1923 16.630 toneladas, alcanzando la producción de alcohol de maíz en el año 1922 la cifra de 119.061 hectolitros, y en el año 1923 la de 61.420 hectolitros.

Necesitándose para la obtención de un litro de alcohol vinico la destilación de diez veces este volumen, tenemos que, si las anteriores cantidades obtenidas de la destilación del maíz hubiesen sido producto de la destilación de vinos, se hubiesen necesitado para producirlos 1.190.061 y 614.200 hectolitros de vino, respectivamente, lo que supone unas decenas de millones de pesetas, que hubiesen ido a parar a manos de los viticultores españoles en vez de contribuir al enriquecimiento de industriales enemigos de una de las ramas más importantes de la producción nacional y a productores y a fletadores extranjeros, exportándose además así, para hacer estas compras, una cantidad considerable de nuestra moneda, y contribuyendo, por tanto, estas importaciones innecesarias de productos exóticos, al demérito de nuestro cambio mercantil.

Si nos referimos a la cifra total que la estadística señala en el Boletín trimestral de la Dirección general de Aduanas sobre la producción y circulación de alcoholes y otros productos tributarios, se deduce, por lo que respecta al año 1922, que las 51 fábricas de alcohol industrial existentes en dicho año expidieron hectolitros 218.500, en gran parte destinados ilegalmente a usos de boca, detentando esta producción a las 4.358 fábricas de alcohol vinico que funcionaban en el citado año.

De otra parte, pudiendo presupuestarse en 27 pesetas los 100 kilogramos de maíz argentino, puestos sobre muelle Barcelona o Bilbao, y obteniéndose aproximadamente 40 litros de alcohol por cada 100 kilos de maíz, se deduce fácilmente que el valor de un hectolitro rectificado de 96,97 grados — incluyendo además de la primera materia 15 pesetas de gastos de fabricación y 100 de impuesto, y quedando un buen margen de ganancia — podrá ser de 180 pesetas, lo que acarrea un precio inferior a 10 pesetas hectolitro en los vinos españoles de 12 grados, y con ello la ruina de los viticultores, ya que, según datos, no de éstos, sino de los técnicos oficiales, se eleva en España a 25 pesetas, como término medio, el costo de producción de un hectolitro de vino.

He aquí cómo una gran mayoría de la población de España vive amenazada de una miseria próxima, y el pueblo español, productor de los mostos más ricos del mundo, bebe un vino falsificado, y el comercio extranjero rechaza a menudo nuestros caldos porque, escarmentados, burlados y maltrechos las leyes que amparan su fabricación, a ciencia y paciencia del Poder público, pueden ser falsificados impunemente y sin el menor riesgo.

Concretando las soluciones de todo orden que, a nuestro juicio, demandan el conjunto de las necesidades y aspiraciones de la vitivinicultura española, podemos formularlas en las siguientes:

Primera. Exigir que se cumpla con toda energía nuestra vigente legislación protectora sobre los vinos, que prohíbe en absoluto el empleo del alcohol industrial en el encabezamiento de los vinos y bebidas alcohólicas, así como el empleo de vinagres artificiales en la fabricación de conservas, y, en general, en el consumo alimenticio.

Segunda. Que para la fabricación de coñacs no se empleen mas que las ho-



landas obtenidas de la destilación vinica.

Tercera. Que desaparezca el impuesto que grava la entrada de los vinos en las poblaciones españolas.

Cuarta. Tarifas especiales de transporte para los mismos, tanto terrestres como marítimas, a fin de que puedan ser llevados económicamente al consumo por todos los ámbitos de la Península y sus posesiones e islas adyacentes.

Quinta. Negociación de nuevos Tratados de comercio con naciones con las que podamos concertar intercambio, debiendo tenerse presente, que mercados que antes de la guerra se hallaban monopolizados por determinadas potencias, hoy están abiertos a la libre concurrencia, debiendo dirigirse a ellos la actividad comercial de España.

Sexta. Regulación y aumento de nuevas líneas de navegación, estableciendo servicios regulares, entre otros, para los puertos americanos del Pacífico, para los del Mediterráneo y los de Asia, y creándose barcos-muestrarios que, visitando los puertos con exposición de nuestras marcas de vinos, suplan deficiencias de la organización comercial y de la iniciativa individual.

Séptima. Creación de Bancos de exportación que permitan a nuestros exportadores conceder largos plazos a sus clientes extranjeros, para que éstos no se vean obligados, por el sistema actual del pronto pago, a inmovilizar su capital, con daño notorio para el giro de sus negocios.

Octava. Considerar como alcoholes industriales, cesando en el beneficio de ostentar la denominación de alcoholes vinicos, los alcoholes obtenidos de la sidra o manzana, de los higos y de las mieles y melazas de la caña de azúcar.

Novena. Que se regule la forma de evitar se destine la remolacha a la fabricación de alcohol, en tanto que el mercado nacional de azúcares no esté abastecido a un precio asequible al consumidor, por tratarse de un artículo de primera necesidad.

Décima. Que se estimulen y favorezcan los ensayos y estudios encaminados al empleo del alcohol como combustible líquido hasta que llegue a ser el carburante nacional; y

Undécima. Que en los momentos presentes el ideal de la vitivinicultura española, en lo que a los alcoholes se refiere, se cifrará en la libertad de destilación de los vinos y en la desnaturalización de los alcoholes industriales, y en tanto esto llega, la modificación contrbutiva de los cosecheros y vinicultores y la de determinados preceptos de la ley de Alcoholes, en repetidas ocasiones solicitada del Poder público.

Al condensar en éstas las principales aspiraciones de la producción vitivinícola española, que, según ya dejamos dicho, representa una partida de cerca de 750 millones de pesetas en el inventario de la economía nacional, vamos en la buena compañía de la mitad de los agricultores de Aragón, de las tres cuartas partes de los agricultores de Cataluña, de la casi totalidad de los agricultores de las Riojas, de la Mancha y de Navarra, de una grandísima de los agricultores del resto de Castilla, de Valencia y de Murcia, de núcleos importantes de Andalucía y de grandes masas agrícolas del resto de España que viven del cultivo de la vid, cuyo cultivo, unido a la industria de la fabricación del vino y del alcohol, dan de comer a más de la mitad de la población agrícola de España.

Y al defender los intereses amenazados de cinco millones de agricultores españoles, estamos satisfechos, como productores y como patriotas.

José Manuel DE BAYO

## HEROÍSMOS OSCUROS

### UN DECHADO DE PÁRROCOS RURALES

Fué en un remoto y manido rincón de Sierra Morena. Allí se vivía primitiva, rudimentariamente. Los hombres sentían en toda su candorosa vehemencia el impulso de los instintos, la explosión de las pasiones. La ley era un freno roto. El eco de la civilización, el reflejo del lujo, llegaban hasta aquel paraje apagado, lánguidos, casi extinguidos, por la distancia de quince leguas no cortas desde la estación ferroviaria más cercana al lugarejo serrano. Apenas interesaba lo que no fueran las luchas de campañario, los dimes y diretes, las intrigas, los rencores, los noviazgos, las granjerías, las peripecias y episodios con aroma de égloga, con resonancia de romancero y sabor de sainete, que traman la vida rural, desarticulada del orbe, confinada a un circuito socialmente microcósmico. El más encumbrado signo de cultura era allí salir de analfabeto.

Hubo de ir a parar—harto corrido el comedio de su existencia—a aquel pueblo dejado de la mano de Dios y borrado de la memoria de los hombres, D. Saturio Manzanares, al proveerse en concurso las parroquias vacantes de la diócesis. Todo el mundo pensara que D. Saturio fuera, por las muestras del poco adelantado en su sacro ministerio, un cura vulgar, ignorantón y zote, cuando no se atribuyese su retraso en la carrera a cosas de peor naturaleza. Pero no era así, ni muchísimo menos.

El excelente, el bíblico D. Saturio, era por las trazas, aunque no anciano todavía por la edad, un viejecito levemente encorvado, con calva pálida, cerco de cabellos plateados, tez rosada, ancha boca, ojos de miope tras unas gafas litúrgicas de oro, y brazos muy breves, desproporcionados de puro breves. Falaces su empaque y su gesto, eran de hombre malhumorado; pero, lejos de serlo, era un señor que no sabía enfadarse, ni aun poniendo en ello una decidida, una enérgica voluntad para conseguirlo. Cuando daba un puñetazo sobre la mesa, un suave, un leve puñetazo intercalado entre las interjecciones de su exclusiva—¡redañol! ¡jogollo!—, su ademán conservaba el vestigio de la costumbre de decir e incensar, y su acento tenía el dejo de la modulación del *Dominus vobiscum* y del *Orate fratres*.

Don Saturio no tardó en comprender la hermosa misión que le deparaba la propia humildad de su destino. En aquel pueblo todo estaba por hacer; mucho por destruir y aniquilar. Aquello era un aduar, un traslado, una reproducción exacta, de la vida cabiléna. Las almas eran almacén de delitos posibles y probables de todos los colores, desde el bermejo del homicidio, pasando por el gualda de la calumnia, hasta el violado del estupro. Allí no había vida con honra, ni honra con vida. En punto a respetar la hacienda, el que más y el que menos corroboraba el decir de Garcilaso: de que no hay fruta más sabrosa que la del cercado ajeno.

Don Saturio, lejos de arredrarse y desalentar al ver la magnitud, el óbice de su escabrosa empresa, se reconfortó considerando cuán digno de su espíritu, ingenuamente cristiano, y de su corazón, fragrantemente caritativo, se ofrecía aquel ambiente cargado de tenaces resistencias.

Los pobladores se dedicaban en su totalidad a la agricultura y sus ramas derivadas. Hasta los escasos habitantes que desempeñaban servicios administrativos o menestrales, alternaban éstos con

faenas agrícolas, quién en su huerto, quién en su majuelo. Allí, las horas en que no se cultivaba la tierra se cultivaba el pecado, la maledicencia, la animadversión. El campo purificaba, con los destellos del sol y los olores del aire, las ruindades de los labriegos, al inclinar éstos las frentes goteantes sobre las besanas y oprimir con las manos encallecidas las fornidas manceras. El trabajo redime de culpas. Las mismas abejas que zumban y punzan, liban el néctar y labran los panales.

Aplicóse D. Saturio, entregado a la obediencia hacia sus superiores, a compartir con sus feligreses las ansiedades y los desvelos de la agricultura profesa. Conocía de antiguo, de siempre, el proceso de las tareas agrícolas. Sabía las causas del justo lamentar de los labradores; sabía la ingratitud del arisco suelo ante las caricias del trabajo. Y se dispuso a inquirir lo que la cultura, en unión del altruismo, recomiendan como paliativos de eficacia cierta para lenificar los contratiempos y reveses del campo.

¡Qué lento avance, qué paciente preparación, qué perseverante propaganda, qué apacible suasoria, puso al servicio de su cruzada! La catequización fué paulatina. La virtud, la sencillez de D. Saturio, sojuzgaron a la postre la sorda enemiga de la sátira vergonzante, de la cazarería zumbona, de la inventiva difamatoria, de la ranciedad porfiada, asestadas contra su apostolado agrario.

Con tacto exquisito, supo abstenerse de invadir todo coto político, sin exteriorizar dilecciones ni sugerir exclusivismos, indulgente disculpador de toda falta y de toda disonancia. Así fué teniendo sus adeptos, tibios al principio, ardorosos al fin. Y llegó el venturoso día en que pudo inaugurar la obra de sus amores: el Sindicato Católico Agrario de Cantueso. Cantueso ascendió aquel día varios tramos en la escalera de la civilización.

De entonces acá, ¡qué adelanto, qué cambio en costumbres, en mejoras, en optimismos rientes y estimulantes! En una década, Cantueso ha progresado medio siglo.

La vertedera descubre tierra novísima; el abono se consume por vagones y vagones; ciertas máquinas agrícolas caras se adquieren para grupos de cultivadores, regidos por turnos igualitarios; las semillas usuales y algunas en vía de experiencia, se seleccionan en almácgas del Sindicato esmeradamente y se ceden después a módico precio; servicios cooperativos, como el crédito, algunas especies de seguros, compras y ventas de elementos de producción y de productos, respectivamente, se han montado con garantía y provecho insigne para los socios. Hay laboratorio de análisis instalado por el Sindicato. Se han construido casas baratas para familias de agricultores. Los hijos de éstos son todos escolares asiduos. Y unos y otros han adquirido el hábito de solidarizarse, de sentirse más próximos entre sí que jamás se sintieron.

Todo es fruto del insinuante, del infatigable D. Saturio. Don Saturio es un triunfador, un triunfador de la paz, un luchador con la pujanza de un patriarca y la mansedumbre de un evangelista. Ha hecho agricultura; mas no menos ha hecho civilización, sociabilidad, llevando a la mente ideas de victorioso progreso; a los campos, abundancia; a los corazones, fraternal convivencia; a los lugares pobres, ternuras, consejos y socorros...

Don Saturio me relató modestamente su labor de mago de Cantueso. Pero los agradecidos feligreses pusieron las apostillas y me revelaron el asombroso mérito de aquel organizador formidable.

Me despedí de él besando su mano con la efusión y reverencia con que pudiera besar la mano de Napoleón un veterano de la Vieja Guardia.

Enrique BOSCH

## SINDICALISMO AGRARIO

71

La Confederación Nacional Católico Agraria es la única entidad confesional reconocida por la Iglesia para realizar prácticamente la gran obra que en materia social, y en relación al campo, preconizaron las encíclicas de León XIII y las pastorales de los prelados, especialmente del cardenal Primado, delegado al efecto por el actual Pontífice; y dicho esto y reconocida la notabilísima encíclica «*Rerum Novarum*», código fundamental en los difíciles problemas que abarca, no hay que añadir que ninguno es nuevo para nuestra obra, ni ninguno carece en ella de solución.

Contiénese ésta en normas progresivas, templadas por la disciplina y caridad, sin que el acatamiento a la propiedad privada, por ejemplo, sea obstáculo al mejoramiento material del obrero del campo, hasta ascenderse incluso a esa misma propiedad por los medios evolutivos que aconseja la sociología moderna. Las parcelaciones de predios adquiridos en su justo valor por los Sindicatos es uno de los empleados frecuentemente, como los préstamos y compras en común, que tanto favorecen a los campesinos.

La estructura de la Confederación obedece a un amplio concepto de la solidaridad, base del crédito, que lo es a su vez de esta clase de entidades. Un conjunto de labradores, pobres, ricos y medianos, respondiendo unos por otros, forman el Sindicato pueblerino; la reunión de éstos integran las Federaciones residentes en la capital de provincia o pequeña región, y todas estas Federaciones constituyen la Confederación Nacional, con su Consejo directivo, que irradia a la inversa su actuación.

Tan sencillo sistema ha engendrado en pocos años, y a pesar del individualismo, tan español como refractario a toda obra colectiva, 58 Federaciones, 3.034 Sindicatos, 1.669 Cajas rurales, 28 bodegas cooperativas, 17 fábricas de harinas, cinco de conservas, una de sulfuro carbonado, una de hielo, 29 molinos aceiteros, cuatro panaderías, dos fábricas de luz eléctricas, una de jabón, cuatro periódicos diarios y 70 revistas.

Lo gastado en abonos en un año ha ascendido a 22.077.000 pesetas, y su maquinaria, a 400.000, cifras todas que pueden dar idea de la vitalidad de un organismo que, si ha pasado por períodos de prueba como toda obra de su clase, tiende a esparcir sus beneficios por toda la nación, a pesar de no haber sido nunca apreciada, ni siquiera conocida por los Gobiernos, que sólo vieron en ella un gran instrumento ajeno a la política.

Dícese que para tratar de agricultura no hace falta confesionalidad ninguna; en efecto, si nuestra finalidad fuese tan sólo comprar abonos y maquinaria y pedir a los Gobiernos, siempre sordos, leyes protectoras de granos y semillas, racionales aranceles, facilidades de tránsito, fomento de la ganadería e industrias derivadas, y, además, ramificaciones de la economía agropecuaria, sería innecesario que nuestros Sindicatos se apellidasen católicos; pero olvidan o no saben, lo que tal dicen, que importándonos mucho ese aspecto material, nos preocupa en mayor escala el moral de los problemas del campo, pues somos baluarte contra el socialismo revolucionario y



ateo, que no se doblega fácilmente ante la ley a la fuerza, pero que se ha contrarrestado en nuestro suelo por la acción benéfica de los Sindicatos católicos, a los que se debe única y exclusivamente que aquél llegue con tanto retraso a la población rural, como con antelación, y por dejadez de los nuestros, se apoderó de la masa obrera de las ciudades.

Hubo un día, hace pocos años, en que el socialismo agrario andaluz se presentó pujante y amenazador, sin que bastaran los grandes prestigios de la Guardia civil a contenerlo; pero fueron allí los propagandistas de la Confederación, cual apóstoles que predicaran los deberes respectivos a patronos y obreros, y en los feraces campos de Andalucía renació la paz, fundándose algunos Sindicatos a manera de espiritual vacuna.

Esta es la labor de la Iglesia española, que derramó, pródiga, en la acción social sus mermados tesoros. Por eso son y serán católicos nuestros Sindicatos.

El conde de CASAL

Presidente de la Confederación Nacional Católico-Agraria.

## Medios de industrializar la agricultura

Instado a indicar cuáles son los impedimentos para la difusión de la maquinaria agrícola y cuáles los expedientes que remediarían la restricción del empleo de aquélla, habré de razonar, con la brevedad que se me indica, acerca de esta cuestión, hoy más que nunca importante en los países de agricultura progresiva.

Con gran acierto proponen el problema los Sres. D. Enrique Bosch y D. Luis Fernández Navarro, redactando el enunciado con la precisión necesaria para mostrar que se trata de discutir respecto a la posibilidad de dar a nuestra agricultura el carácter de las grandes industrias organizadas a la moderna, que no otra cosa supone el introducir en las explotaciones agrícolas las fuerzas mecánicas y su material correspondiente, si no con exclusivismo, con superioridad acentuada.

Grandemente preocupa hoy por doquier la expresada evolución, discutiéndose con empeño los medios aptos para conseguir lo que llaman industrializar la agricultura extensiva, aspiración ya generalizada, aunque juzgándola, más que difícil, imposible de realizar sin cambios profundos en las organizaciones actuales de la explotación agrícola del suelo.

Para dar, dícese, a la agricultura el carácter industrial moderno habría que proveer a los obradores del trabajo agrícola, que son los campos, de cuanto fuese necesario para hacer posible el empleo de procedimientos perfeccionados, a semejanza de como los transportes por tierra y por agua, las industrias y el comercio adaptaron su organización, sus instalaciones y su material a las exigencias económicas modernas.

Tratemos de recoger lo más saliente de lo que se indica como indispensable para lograr dicho fin, refiriéndonos primero a lo expuesto por M. Alex Lonay en la conferencia, que dió en la gran Semana agrícola celebrada en Bruselas en febrero de 1923. Son aseveraciones en dicha disertación las siguientes: a) Los locales de las antiguas explotaciones agrícolas habrán de ser apropiados al nuevo material mecánico; b) Las parcelas de tierra muy pequeñas deberán ser reunidas, formando extensiones continuas en las que puedan trabajar las máquinas; c) El trabajo que hayan de realizar éstas en cada año debe ser de suficiente cuantía para que resulte económico; d) Los que dirigen las explotaciones agrícolas habrán de estar al corriente de la técnica y de los procedimientos modernos, de las cuestiones económicas y comerciales y de la contabilidad agrícola; e) Cuantos participen en los trabajos agrícolas, y especialmente los que hayan de gobernar y atender el material perfeccionado, deberán recibir una enseñanza profesional apropiada que les permita efectuar su cometido con verdadero conocimiento de causa.

Y en tan sintéticas bases resume la autoridad citada las principales exigencias del progreso pretendido. En verdad que cuantos hayan profundizado en la cuestión, llegando a precisar el detalle, echarán de menos en lo transcrito múltiples determinantes, cual, por ejemplo, la adaptación de la maquinaria, las circunstancias de adquisición de la misma, el combustible barato, la facilidad de reparaciones, etc., etc.

En nuestro entender, constituyen obstáculos la gran fuerza que manda la tradición, por la cual se guardan celosamente en agricultura las prácticas heredadas, y los estorbos de orden histórico, legislativo y político, que entorpecen para los perfeccionamientos agrícolas.

Muchos son los que creen y sostienen que se trata de un problema que sólo la cooperación puede resolver, agrupando las tierras contiguas para ser explotadas en común por los dueños o los arrendatarios, y preconizan otros la constitución de Sindicatos de material mecánico agrícola, a base cooperativa entre los cultivadores, para el uso de máquinas perfeccionadas de gran trabajo. Lonay replica que un examen atento de la cuestión pone de manifiesto la escasez de posibilidades para alcanzar uno u otro resultado. Para lo primero, constituyen impedimento los arriendos, por su diversidad de circunstancias y de vencimientos; las Cooperativas de cultivo sólo serían realizables por los propietarios que aportasen, además de sus tierras, el capital de explotación necesario. Para lo segundo, los intentos realizados demuestran que no es eficaz las más de las veces; la escasa extensión de muchas parcelas, su diseminación, la falta de caminos para la rodadura en transporte del material mecánico, la coincidencia de trabajos en las diversas explotaciones que reclamarían a la vez las mismas máquinas, éstas con otras circunstancias, harían en muchos casos poco menos que estéril la acción de los Sindicatos.

En Suiza, país donde está considerada la cooperación como «el fundamento de las organizaciones agrícolas», existían, en 1920, 8.899 Cooperativas agrícolas, reuniendo 441.544 explotaciones; mas por lo que respecta al material mecánico de cultivo y de recolección, sólo 270 Cooperativas habían sido formadas para la trilla mecánica y 19 para el empleo de otras máquinas, resultando un 3,25 por 100 del total de Cooperativas, afectando dicha parte a no más que 2,36 por 100 del conjunto de explotaciones sindicadas.

Esta exigüidad de la cooperación mecánica indica lo muy difícil que es aprovechar las ventajas del material mecánico agrícola moderno donde la propiedad está dividida en parcelas de corta extensión e intercaladas las de unos con las de otros propietarios. Pero el acrecentamiento por reunión de parcelas de las explotaciones poco extensas no es considerado beneficioso por todos; muchos son los partidarios del denominado pequeño cultivo, llegando hasta atribuirle, con abuso de generalización, rendimientos más elevados que en el grande. La Comisión belga denominada permanente de la Agricultura, en reciente nota comunicada a la Prensa, dice: «Las facilidades acordadas para la adquisición de pequeñas explotaciones tienden a impedir la desertión rural y a intensificar el cultivo.»

Alex Lonay opina contrariamente, sosteniendo que los rendimientos dependen, lo climatológico aparte, de los procedimientos de cultivo, que son—dice—más perfeccionados y más perfectibles en el gran cultivo que en el pequeño, y copia una estadística reciente formada por *Le Secrétariat des Paysans suisses*, de la que se deduce que la mano de obra cuesta más en el pequeño cultivo que en el grande. Figuran, en efecto, en dicha estadística para gastos de mano de obra por hectárea cultivada, 1.066,32 francos suizos, si la extensión de las explotaciones es de tres a cinco hectáreas, y 488,84 si dicha extensión excede de 30, asignando además, como gastos anuales de amortización y de reparación de material, calculados por hectárea, 59,62 francos en el primer caso, y 48,21 en el segundo. No acompaña a estas estadísticas la de rendimientos, por lo cual no queda bien manifestado de cuál de las formas de cultivo están las ventajas.

Cierto es que se puede argumentar en pro de lo que llaman industrialización de la agricultura diciendo: que aparte la economía de brazos, de la reducción de gastos de mano de obra y de la extensión económica del material mecánico, dicha forma de organización agrícola es la que puede retribuir convenientemente a sus obreros, elevando además la mentalidad de éstos y especializándolos; es, bajo el punto de vista comercial, la que puede comprar al por mayor, exigiendo garantías; la que puede vender tratando directamente con el gran comercio y beneficiándose por ello, así como también puede obtener reducciones apreciables en los gastos de transporte de las mercancías que recibe o que expide. La superioridad comercial de la gran explotación—insiste Lonay—queda

probada en las tentativas hechas para asociar entre sí a los que cultivan en pequeño, con el fin de practicar sus compras y ventas en común. Por donde resulta que se atribuye a la gran explotación agrícola industrializada, a más de la superioridad técnica y económica, la superioridad comercial. En la muy importante revista agrícola belga *L'Avenir Agricole*, se ha dicho recientemente que «la agricultura reorganizada, puesta a la moderna e industrializada, será la más alta de las industrias, y hacia ella se habrán de dirigir irresistiblemente las inteligencias superiores, siendo preciso y urgente que la agricultura evolucione y rompa sus últimos enlaces con la Edad Media».

Se agota ya el espacio que se me fijó para escribir esta nota, y apenas si he planteado el problema. Habré de hacer punto aquí y dejar para escritos posteriores, si se los juzgase convenientes, el estudio razonado de una cuestión cuyo interés bien se acusa en las siguientes palabras de S. Nussbaum, director del Comité político agrario de la industria mecánicoagrícola alemana: «Quisiéramos que todos los países agrícolas se reuniesen con el fin de crear una Oficina internacional, en la cual, con la colaboración de la ciencia de las naciones participantes, se plantease como problema el incremento de la técnica y la investigación de los principios fundamentales de una aplicación sistemática de las máquinas en agricultura. El Instituto Internacional de Agricultura debería asumir esta importantísimo cometido; a ninguna institución más digna y competente podría confiarse mejor la consecución del bien de la agricultura mundial.»

J. M. FERNANDEZ CORTES

## EL EMPLEO DEL NITRATO DE CHILE ES SIEMPRE ALTAMENTE REMUNERADOR

He aquí las cantidades que deben emplearse y los excedentes de cosecha con ellas obtenidos:

Cantidad que debe emplearse en kilogramos	POR HECTAREA	Excedente de cosecha en kilogramos
150	Cereales (secano).....	450 de grano
250	Idem (regadio).....	875 —
150	Maíz (secano).....	425 —
250	Idem (regadio).....	600 —
300	Remolacha azucarera.....	9.060
250	Patata.....	5.000
200	Alfalfa.....	6.000 (seca)
200	Praderas.....	5.000 (de hierba)
200	Vid.....	2.100 (de uva)
200	Olivo.....	450 (de aceituna)
250	Cebollas.....	5.500 (de bulbos)

En el naranjo deben emplearse tres kilos por árbol, aplicando la mitad en marzo y la otra mitad en agosto o septiembre.

En el arroz se deben aplicar 70 kilos por hanegada, la mitad al preparar el terreno y la otra mitad en el «eixegu».

Para toda clase de árboles frutales, en la misma forma y proporciones que en el naranjo, y para todas las hortalizas, de 400 a 500 kilos por hectárea.

En cereales debe aplicarse de febrero a abril el arrajeque. En maíz, remolacha y patatas, al darles la primera escarda. En la alfalfa y praderas, después del primer corte. En la vid, en febrero o marzo, alrededor de la cepa, y en olivos, en la misma época.

TODAS LAS CASAS IMPORTANTES DE ABONOS VENDEN "NITRATO DE CHILE"

Arados IDEAL Segadoras OSBORNE  
Tractores y Trilladoras CASE  
Cosechadoras INTERNATIONAL  
y toda clase de material agrícola moderno

VIDURRETA Y COMPAÑIA  
(S. en C.)

INGENIEROS  
Rtocha, 151. -- MADRID